

UN EPISTOLARIO PARA LA FILOLOGÍA: LAS CARTAS DE RAFAEL LAPESA A DÁMASO ALONSO*

Lola Pons Rodríguez
Universidad de Sevilla

RESUMEN

En este trabajo se presentan y estudian en su contexto las cartas de Rafael Lapesa dirigidas a Dámaso Alonso conservadas en la Biblioteca de la Real Academia Española. Se seleccionan los escritos más relevantes de ese conjunto; en ellos Lapesa aborda con Dámaso Alonso asuntos sobre su obra filológica, los quehaceres de la docencia universitaria o la gestión de la RAE.

PALABRAS CLAVE: Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Escuela de Filología Española, Amado Alonso.

SUMMARY

This work is a contextualised edition and study of the letters written by Rafael Lapesa to Dámaso Alonso, conserved in the Real Academia Española. The most relevant letters have been selected and edited; they discuss editorial and academic matters concerning literary issues, administration of the RAE and other academic questions.

KEYWORDS: Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, School of Spanish Philology, Amado Alonso.

Como historiadora de la lengua, en mi formación ha estado presente de forma muy relevante la bibliografía de Rafael Lapesa. También, en la investigación que he desarrollado sobre sintaxis histórica y edición de textos del español, las contribuciones de Lapesa han sido fundamentales y hoy me siguen resultando

* Este trabajo es uno de los frutos del proyecto FFI2013-45222-P “La escritura historiográfica en español” financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno español. Agradezco su ayuda a Eloísa Palomar Álvarez, heredera de Lapesa, y a M.^a Paz García Ordóñez, bibliotecaria de la RAE.

plenamente válidas, pese a que, por su fecha de publicación, entren ya en la categoría de bibliografía venerable. En la Universidad de Sevilla, donde me formé y trabajo, ejercieron y ejercen discípulos lapesianos. Manuel Ariza Viguera (1946-2013), mi director de tesis y maestro, transmitía a sus discípulos su admiración por Lapesa; también en el ejercicio docente del profesor Rafael Cano, que fue mi profesor en la carrera y miembro de mis tribunales de tesis y de titularidad, era reconocible esa admiración, que se materializó por escrito en los dos volúmenes de los *Estudios de morfosintaxis histórica del español* que editó junto con M.^a Teresa Echenique y que tan útiles nos resultan. En este trabajo quiero volver a hacer lo que hicieron mis profesores durante la carrera: recordar a Lapesa, y homenajearlos a partir de la recuperación de las cartas que escribió a Dámaso Alonso.

1. *No es fácil condensar en pocos minutos los recuerdos de más de sesenta años de convivencia*: así empezaba la necrológica que hizo Rafael Lapesa a la muerte de Dámaso Alonso. Un epistolario, en tanto que deja huellas de cuanto destinatario y receptor quisieron poner por escrito y el rastro espacial y temporal de esa relación, tal vez pueda servirnos de epítome de una convivencia. En este trabajo trataremos de condensar en unas páginas los años de convivencia entre Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, concentrándonos, *brevitatis causa*, en las cartas que se escribieron¹.

Desde octubre de 1998, los fondos bibliográficos, correspondencia y materiales de Dámaso Alonso (1898-1990) se custodian en la Real Academia Española, institución de la que el poeta y profesor madrileño fue miembro desde 1948 y director de 1968 a 1982. Actualmente este fondo está en proceso de recuento y catalogación, pero hemos podido obtener algunos datos del ingente material postal guardado por Dámaso Alonso: son más de mil los correspondientes que se dirigieron a él por vía postal, muchos de ellos a través de más de una sola misiva, otros con más de una de ella. Le escribieron poetas, profesores universitarios, escritores, académicos de la RAE o de academias americanas, estudiantes, políticos... Ese acervo epistolar es, pues, de una considerable extensión y representa en la pluralidad de sus testimonios los centros y focos de trabajo más importantes de la España del siglo XX. La cartas recibidas por

1. Más allá de este epistolario, la relación de afecto y admiración entre ambos intelectuales se manifiesta también en su producción científica. Son varias las publicaciones que mutuamente se dirigieron en homenajes o reseñas. Así, Lapesa intervino en el *Homenaje universitario a Dámaso Alonso* (1972) con el trabajo "Dámaso Alonso, humano maestro de humanidades" y publicó varios textos a su muerte recordándolo (en *BRAE* 1970 y 1973; en el volumen *Dámaso Alonso: in memoriam* o en el propio libro de Lapesa *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentiles damas que ilustraron la filología de nuestro siglo*). Por otro lado, Dámaso Alonso contestó *in absentia* el discurso de ingreso de Lapesa en la RAE (1954) sobre los decires narrativos del Marqués de Santillana.

Lapesa, por su parte, se guardan en la Biblioteca Valenciana. Este artículo, por cuestiones de espacio, se limita a dar cuenta y transcribir una parte de ese conjunto epistolar guardado en la RAE: los escritos que Lapesa dirigió a Dámaso.

Tales escritos son algo más de un centenar, abarcan un periodo cronológicamente amplio (aunque sabemos que ambos se conocían desde el curso 1926-1927, las cartas conservadas arrancan en 1935 y llegan a 1985) y son de tipología variada: hay telegramas, postales, resúmenes de libros hechos por Lapesa a petición de Dámaso (sobre todo en torno al tema de los corregidores en América), tarjetas de felicitación navideña... pero, sobre todo, hay cartas². Buena parte de ellas son sustitutas de la conversación cara a cara o telefónica mientras uno de los dos corresponsales estaba fuera de España impartiendo clases, cursos monográficos o conferencias por invitación de universidades extranjeras.

En lo que sigue haré una presentación de distintos pasajes de esos escritos, que he seleccionado por considerarlos representativos de este conjunto epistolar, en la convicción de que nos ayudarán a conocer mejor la intrahistoria de las relaciones científicas y humanas que surgieron al abrigo del Centro de Estudios Históricos³. Separaré cinco núcleos temáticos sobre los cuales las palabras de Lapesa en tales cartas son reveladoras: los entornos de la Real Academia y la Universidad (§ 2), la obra poética y filológica de Dámaso Alonso (§ 3), la del propio Lapesa (§ 4) y la amistad y lances personales que compartieron (§ 5).

2. Dos grandes contextos académicos ven desarrollarse la obra de Lapesa y Dámaso Alonso: la Real Academia Española, la Universidad de Madrid (llamada *Central* primero, luego *Complutense*) y las universidades norteamericanas donde uno y otro ejercieron temporalmente. Este epistolario incluye algunas misivas que versan total o parcialmente sobre el ejercicio de ambos profesores en tales escenarios, aunque, sin duda, es la Real Academia Española la institución que más repetidamente aparece como trasfondo o primer

2. Suponemos perdidas algunas de las cartas, a tenor de lo que dice Lapesa (1991[1998]: 177) al recordar la marcha de Dámaso Alonso a Valencia durante la Guerra Civil: “Desde Valencia Dámaso y Emilio Alarcos García, padre de Emilio Alarcos Llorach, sostuvieron frecuente correspondencia conmigo con motivo de haber quedado yo encargado de los restos del Centro de Estudios Históricos supervivientes en Madrid y en relación con las imprentas para sacar adelante los libros y números de revistas que a duras penas se podían publicar en aquellas circunstancias”. No he localizado en la RAE rastro de estas cartas de la Guerra. Al transcribir las cartas mantengo las grafías del original y convierto en cursivas los subrayados. La mayoría de las cartas se conserva sin sobre.

3. Son varias las publicaciones que han ido rescatando cartas de Pidal, Guillén, Salinas, Amado Alonso, Corominas y otros intelectuales de este periodo. Remito por cuestiones de espacio a Pons Rodríguez (2018), donde edito las cartas de Dámaso Alonso a Luis Rosales y doy cuenta de la bibliografía epistolaria acerca de los poetas y profesores de la España del medio siglo.

plano de las misivas. El ingreso de Lapesa en la RAE en 1954 y el trabajo institucional y académico que ejerció en ella (fue secretario de 1964 a 1971, todo ese tiempo con Dámaso como director) tiene una estrecha relación con la figura de Dámaso. Como recordaba Lapesa en su obituario de Dámaso Alonso, fue este quien lo propuso para la Academia, aunque no pudo estar presente el día de su ingreso:

- (1) En 1950 Dámaso propuso mi candidatura a la Real Academia Española; la firmaron con él Emilio García Gómez y don Manuel Gómez Moreno. Cuando presenté mi discurso de ingreso, Dámaso tomó a su cargo el de contestación pero no pudo leerlo por encontrarse en Norteamérica [...] [c]onvivimos en la Academia Dámaso y yo durante treinta y tantos años (Lapesa 1991[1998]: 179).

Esa convivencia de *treinta y tantos años* deja su huella en las cartas. Entre las primeras piezas conservadas en este conjunto epistolar está, simbólicamente, la tarjeta postal en la que Lapesa felicita a Dámaso Alonso por su nombramiento como académico en 1945:

- (2) Nos alegramos sincerísimamente por este reconocimiento oficial de sus méritos. Claro está que a quien deberíamos felicitar es a la Academia, que ahora consigue atraer al que, maestro desde su plena juventud, ha sabido reunir hondura sustancial y vivificación renovadora [1-VI-1945].

Menos de diez años después, otra carta de Lapesa cuenta a Dámaso Alonso, en Estados Unidos en ese momento, la tarde de su discurso de recepción; esto es, lo que cuenta en primera persona en ese obituario mencionado en (1) se refleja en tiempo real en estas cartas, cuando Lapesa, al día siguiente de su ingreso escribe a Dámaso:

- (3) La recepción fue ayer 21. Creo que resultó bien, sobre todo porque podé fieramente el discurso para atenerme a lo del Arcipreste, “del mal tomar lo menos”; así logré que cupiera en los 55 minutos tolerables. [...] Una vez más, gracias por todo: por cuanto hiciste para ayudarme a ganar la cátedra y entrar en la Academia, por tus generosos elogios... Quería haberte puesto un cable ayer mismo, pero la cena y sobremesa se prolongaron hasta las dos [22-V-1954].

No abundan las noticias sobre incidencias dentro de la Academia, aunque se narran algunas, por encima y a menudo con claves internas diversas. Así, en una de las cartas que escribe Lapesa a Dámaso Alonso mientras este está en Estados Unidos da noticia de que el Premio Fastenrath había quedado desierto porque “la reunión de rabadanes no dejó oveja viva” y opina, muy

negativamente, del discurso de ingreso del matemático Julio Rey Pastor (1888-1962) en la RAE en 1954 (“El álgebra del lenguaje”), calificándolo de “came-lancia [...] refutando a Croce y Vossler” [9-IV-1954]. La crítica era esperable siendo que el nuevo académico se situaba contra la Lingüística idealista que ambos profesores habían acogido y modulado a partir de la extensión que hizo de este sistema de estudios Amado Alonso. En otro escrito, esta vez redactado por Lapesa desde Estados Unidos, habla de que ha logrado “torear” una idea de Fernando Díaz-Plaja y aclara que cierta propuesta en torno a la dedicación plena de los académicos no debe de ser una “iniciativa torcuatil ni ynduránea” [15-II-1960]⁴.

Pero, más allá de estas referencias personales, se constata a través de estas cartas el interés de Lapesa y Alonso por la actividad académica, una preocupación redoblada en las etapas en que Dámaso Alonso se encontraba fuera y no podía ejercer de forma efectiva como director. Así, Lapesa, en el fragmento de carta que a continuación transcribo, lamenta que en ausencia de Dámaso Alonso se dé cierta dejación en la toma de decisiones, al tiempo que da detalles concretos sobre ciertas discusiones lexicográficas: se refiere a las palabras *contenedor* y a la hoy tan relevante *informática*, en ese tiempo piezas léxicas novedosas cuya inclusión en el diccionario había que acordar⁵:

- (4) En la Academia te echamos de menos todos los días y a cada momento. No ha habido tensiones ni violencias con don Vicente ni con nadie. Pero sí acefalia, afán de dejar en suspenso toda decisión, táctica dilatoria constante. Por

4. Se refiere Lapesa al periodista y escritor Fernando Díaz-Plaja (1918-2012) pero por el contexto de la carta no queda clara la propuesta que este hizo a Lapesa. Guillermo Díaz-Plaja (1909-1984), hermano del anterior, fue académico de la RAE desde 1967 y se ha editado alguna de las cartas (Amat *et al.* 2009: carta 68) que Lapesa le dirigió. Por su parte, los adjetivos *torcuatil* e *ynduránea* son derivaciones humorísticas desde los nombres de Torcuato Luca de Tena (1923-1999) y Francisco Ynduráin (1910-1994), que fueron, respectivamente, miembro de número de la RAE (desde 1973) y correspondiente (desde 1966), esto es, no eran parte de la Academia en la fecha de escritura de esta carta (1960).

5. Se menciona en esta carta a *don Vicente* que es V. García de Diego (1878-1978), quien había sido director accidental de la RAE entre Pidal y Dámaso; alude también Lapesa al *Duque de la Torre*, esto es, al militar Carlos Martínez de Campos y Serrano (1887-1975), miembro de la RAE desde 1950, y al físico Julio Palacios Martínez (1891-1970), académico desde 1953. Martínez de Campos es presentado en la carta como el impulsor de que se debata en torno al par *contenedor-container* en la Academia: la forma vernácula se registra en la lexicografía académica desde sus inicios como adjetivo ‘que contiene’. En el *Suplemento* de 1970 ya aparece como sustantivo (‘Embalaje metálico grande...’), lo que parece resultado del debate que relata Lapesa. Por su parte, Julio Palacios es, según Lapesa, uno de los opositores a que se incluya la voz *informática*, y parece que su opinión fue victoriosa en la cuestión, pues la voz no aparece en el DRAE hasta 1984 (con una definición que pronto hubo de ser revisada en su parte final: ‘[c]onjunto de conocimientos científicos y técnicos que hacen posible el tratamiento automático de la información por medio de calculadoras electrónicas’).

obra del Duque de la Torre volvió a tratarse de *contenedores* y *containers* y todavía no se ha llegado a un acuerdo; a pesar de que la Academia de Ciencias propuso una definición de *informática*, palabra refrendada por un decreto del Ministerio, Palacios la torpedea sistemáticamente [21-V-1969].

Por último, es interesante saber que en ese mismo año, y mientras Dámaso Alonso estaba en Puerto Rico, Lapesa le escribía desde El Escorial dándole noticia de la polémica establecida en la Academia en torno a la fundación de una academia norteamericana de la lengua. La cuestión se despierta a partir de una carta dirigida por tres intelectuales⁶ a la Comisión Permanente de la RAE, en la que se propone la fundación de una Academia en Estados Unidos con sede en Nueva York. Lapesa comenta la propuesta a Dámaso Alonso con un sesgo fuertemente crítico, basado en su convicción de que sería una academia de gestión geográficamente dispersa, el posible carácter no hispanohablante de sus miembros y la prelación económica que una academia estadounidense podría cobrar con respecto al resto de academias americanas:

- (5) Lo grave de esto es que por primera vez se forme academia en un país ajeno al mundo hispánico, con hispanohablantes de diversa procedencia, con focos demasiado distantes unos de otros (N.York, Florida, N. Méjico, California); la imposibilidad práctica de limitar el acceso a la Academia de modo que solo la integren quienes tengan el español como lengua materna o paterna; la posible ingerencia [sic] del dinero yanqui para impulsar las actividades de una Academia neoyorquina que pudiera hacer el diccionario técnico y llevarse de calle la influencia rectora sobre el lenguaje culto de Hispanoamérica, etc. Pero además de todo eso ¿quiénes son los señores Teixier de Unda, García Copato y Chaves para alzarse con la posible Academia en un país donde están Jorge Guillén, Torres Rioseco, Anderson Imbert, Montesinos, Ricardo Gullón, Casalduero, Florit, etc, etc? Otra cuestión: en esa Academia ¿será necesaria la ciudadanía norteamericana? La Academia Española tiene como norma no nombrar correspondientes en un país extranjero sino a ciudadanos del país. Yo te agradecería tu consejo [...] En la Comisión Administrativa nadie opina, salvo Cossío, para quien los gringos son preferibles a los hispanoamericanos hasta para formar academias [1-III-1969].

Según se observa, Lapesa (frente a la opinión del académico José M.^a de Cossío) vería con mejores ojos tal academia si en ella figurasen los destacados hispanoamericanos o españoles que ejercían en Estados Unidos: el chileno Arturo Torres Rioseco, el argentino Enrique Anderson Imbert o los españoles exiliados José Fernández Montesinos, Ricardo Gullón, Joaquín Casalduero o

6. Son el diplomático colombiano José M.^a Chaves, el poeta español Antonio García Copato (*Copato* para Lapesa) y el poeta y compositor venezolano J. Teixier de Unda (*Teixier* en la carta de Lapesa). Los tres estaban instalados en Nueva York en esa fecha.

Eugenio Florit. Como es sabido, fue años más tarde, en 1973, y a instancias de Tomás Navarro Tomás, cuando se fundó una Academia Norteamericana de la Lengua, que ingresó en la Asociación de Academias en 1980, y en la que tuvieron cabida alguno de los nombres evocados por Lapesa.

El otro entorno que quiero señalar en este primer núcleo temático es el de las universidades, españolas y americanas, en que ambos ejercieron. El ámbito americano fue conocido por primera vez de forma profunda por Lapesa en el año 1948, cuando dio durante un verano un curso en Harvard invitado por Amado Alonso. Como el propio Lapesa narra (1993[1998]: 132), esa docencia continuó en Yale el año siguiente por recomendación de Dámaso Alonso: “En enero del 49 terminó mi docencia en Princeton y pasé a enseñar en Yale durante el cuatrimestre de primavera, como sucesor de Dámaso Alonso y por recomendación suya”. Por eso, no es extraño que varias de las cartas del epistolario incluyan preguntas e indicaciones de Lapesa a Dámaso sobre los pormenores de las estancias americanas: tipo de alumnado, nivel, residencia, honorarios, relación con los jefes de departamento... La experiencia en Estados Unidos –necesaria, pero no definitiva para Lapesa⁷– aparece obviamente más representada en las cartas que la universidad española. También queda rastro de su docencia en países hispanoamericanos. Así, mala impresión recibe de su visita a una Argentina posperonista muy distinta de la que acogió tempranamente a Amado Alonso; si salva a anfitriones y alumnado, lamenta con pena el estado del país:

- (6) Este país está desvencijado, sin nadie capaz de ajustar las piezas que bailan de un lado a otro; todo puede venirse abajo al primer manotazo dado con brío. Ojalá no nos pille aquí el desmoronamiento; hasta ahora sólo hemos tenido algunos ensayos. La compensación está en la cordialidad con que nos han acogido las gentes de La Plata y Buenos Aires [La Plata, 20-VIII- 1962. Folio con membrete de la Universidad Nacional de la Plata].

Igual que en lo relativo al entorno académico Lapesa narra a Dámaso Alonso vicisitudes e incidencias en la elección de algunos académicos (Rodríguez Moñino o Marías), en el entorno universitario se relata el desarrollo de algunas Juntas de Facultad, o se dan algunos detalles de organización del trabajo, pero en general las cartas tampoco abundan en noticias sobre incidentes

7. De hecho se siente requerido de alguna forma por la universidad española en ayuda de Dámaso Alonso. Así lo explica Lapesa en una carta a Amado Alonso (1947) publicada por Mainer (2010b: 311): “Ahora tengo en la Universidad de Madrid un puesto que no quiero perder. Podré vivir con él, podré tener a mano libros y datos; además será donde pueda hacer una labor más útil: Dámaso necesita quien le ayude en la tarea de orientar a los filólogos en ciernes. Me seduce la idea de contribuir aquí a la continuidad de la gran escuela, a que no se ahogue el espíritu de nuestro Centro de Estudios Históricos”.

o contingencias del día a día universitario. Solo en alguna carta aparece algún lance narrado con mayor o menor detalle o pinceladas menores sobre alumnos o discípulos⁸. Pueden situarse en esta línea fragmentos como el siguiente, donde Lapesa explica cómo salvar a una tesis doctoral de la “animosidad balbínica” y las “iras mesopotámicas”, en obvia referencia a Rafael Balbín y Joaquín de Entrambasaguas (la “E.” que se abrevia en mayúsculas en esta carta), compañeros de la Universidad de Madrid con los que la discordia ideológica era inevitable⁹:

- (7) Por mi parte no hay inconveniente en hacerme cargo de la tesis de Vargas. Ahora bien, lo más sencillo es que tú sigas figurando como director, pues el cambio habría de solicitarse del Decano, con la correspondiente instancia. Tú, como director, das tu informe para que se admita la tesis, escribes con tu opinión al presidente del tribunal que se nombre y evitas así la animosidad balbínica contra una tesis mía [en nota dentro de la propia carta:] Y la ira mesopotámica contra una tesis tuya, porque E. no figuraría en el tribunal [Papel con membrete de Residencia de profesores Isaac Peral pero dirigida desde El Escorial 21-VII-1965].

Este primer ámbito socioacadémico que hemos separado (RAE y universidad) es una importante línea temática dentro del epistolario, pero en

8. Así, en una carta de Lapesa desde Estados Unidos le dice a Dámaso (por si este estuviese en el tribunal de las tesinas de licenciatura que Lapesa había dirigido en Madrid ese curso): “Hay una buena, de Sánchez Dragó, sobre las *Comedias bárbaras* de Valle-Inclán; podía ser mejor sin opinar tanto sobre todo lo divino y humano y estudiando con más detención los fenómenos de estilo y lenguaje; pero se ve que es de un chico inteligente” [26-IX-1959]. Al respecto de la admiración de Fernando Sánchez Dragó hacia quien fue su profesor, Lapesa, puede verse la carta del escritor que transcribe Polo (2015: 117).

9. Se refiere con ambos adjetivos a los catedráticos Rafael de Balbín (1910-1978) y Joaquín de Entrambasaguas (1904-1995). Sobre la relación con Balbín puede verse Garrido Gallardo (2008). Entrambasaguas había manifestado en varios escritos públicos su repugnancia hacia la Institución Libre de Enseñanza (su libro *Pérdida de la Universidad Española* era muestra clara de ese desafecto) y, de forma más o menos velada, hacia Menéndez Pidal y su escuela. Remito a la biografía de Menéndez Pidal hecha por Pérez Pascual (1998: 318 *passim*) para la triste anécdota del cuento que Entrambasaguas escribió satirizando sobre Ramón Menéndez Pidal y su hijo Gonzalo. El término *mesopotámico* era también usado desde el exilio por Pedro Salinas para referirse a los intelectuales que, según él, no se habían posicionado con rotundidad contra el régimen franquista. Así, en una carta a Jorge Guillén (n.º 315 de Salinas y Guillén 1992, dada el 6-11-1943) comenta sobre una grabación que le ha pedido la BBC de Nueva York acerca de poesía española: “Está anunciado el pollo Cernudo, también en ese programa. Como también figuran Madariaga, Castillejo, y otros *mesopotámicos* o nadadores entre dos aguas, he medido una frase en el primer párrafo, que aclara por completo mi actitud ante la España política actual”. El Vargas doctorando al que se alude en la carta es Luis Vargas Saavedra, autor bajo la dirección de Dámaso Alonso de una tesis sobre Gabriela Mistral.

los siguientes entornos que vamos a ver la posibilidad de implicación personal es mayor y, por ello, más reveladora.

3. La obra (poética y filológica) de Dámaso Alonso fue tema de varios artículos de Lapesa, y esa admiración se manifiesta también en su epistolario. Tal es el tema de la más antigua de las cartas conservadas en este archivo, en la que Lapesa, en un papel con membrete del Centro de Estudios Históricos, le agradece muy formalmente a Dámaso el envío de una obra¹⁰:

- (8) Querido amigo: Al volver al Centro me encuentro con la Antología que ha tenido V. la amabilidad de enviarme. La encuentro acertada en todo; pero las joyitas que ha reunido en el *Cancionero Anónimo* son una verdadera maravilla.

Muy agradecido, y esperando verle pronto por aquí, le saluda su affmo. amigo [11-VI-1935].

Hay más muestras: desde Oviedo y en una tarjeta postal de mayo del 42 ya dirigida al CSIC (en un simbólico cambio de institución y de la España que estaba de fondo), Lapesa felicita a Dámaso y le da las gracias por el envío del *Don Duardos*¹¹. Estas varias epístolas dan fe del fecundo intercambio académico y de la consideración que ambos filólogos se tenían. Más muestras de este tipo recorren el conjunto documental analizado. En 1952 sale *Poetas españoles contemporáneos*, una obra en la que Dámaso Alonso reúne estudios previos sobre poetas del XIX al XX (Bécquer, Machado, Lorca, Salinas, Guillén...). Lapesa, en una carta firmada en Estados Unidos, comenta el libro (en particular, a lo que parece, el capítulo dedicado a “Una generación poética”, la de 1920 a 1936):

- (9) Conocía muchos de los estudios y artículos que has reunido en “Poetas españoles contemporáneos”. Pero ahora, agrupados, se ve mejor lo mucho que abarcan y lo mucho que ahondan en la poesía de las dos últimas generaciones. ¡Con qué precisión y vida defines la de 1927, la tuya! En cierto modo la llamaría “mía” también, a pesar de mi papel de mero lector: porque era la generación de los poetas jóvenes que os disteis a conocer en mis años de adolescencia, y a quienes desde entonces he admirado como a hermanos mayores dotados con el don creador que yo no tuve [26-X-1952].

10. Lapesa se refiere como *Antología* al primer y único volumen de la serie *Poesía española. Antología desde los orígenes hasta fines del siglo XX* que compiló Dámaso Alonso con el título *Poesía de la Edad Media y poesía de tipo tradicional* (Madrid, Signo, 1935).

11. Se trata de la edición que publicó Dámaso Alonso en el CSIC (Instituto Antonio de Nebrija, 1942) de la *Tragicomedia de Don Duardos* de Gil Vicente.

También incluyen estas cartas de Lapesa comentarios y exégesis de artículos que Alonso le enviaba cuando uno de los dos estaba fuera. Así, desde Estados Unidos, Lapesa comenta un escrito que Dámaso le había remitido, en que se listaba a los hispanistas nacidos de la escuela de Pidal, para advertir de algunas ausencias, las de los extranjeros formados indirectamente a través del maestro¹²:

- (10) Aparte quedan las derivaciones de la escuela fuera de España. ¿No fue Steiger discípulo de don Ramón? Hay el grupo de discípulos de Solalinde (Karsten, Herriott, Oelschläger); el de los de Amado en Buenos Aires [6-XII-1959].

Si las cartas anteriores fueron escritas por Lapesa desde Estados Unidos, la siguiente presenta las coordenadas espaciales inversas: Lapesa escribe desde Madrid a Alonso, que está fuera, y por cuyas ocupaciones poéticas se interesa, al tiempo que se hace eco de las invectivas que desde su exilio americano lanzaba el conflictivo Juan Ramón Jiménez contra los poetas Jorge Guillén, Pedro Salinas y Vicente Aleixandre:

- (11) Llegan noticias de que estás en plena actividad poética. ¿Cómo es lo que compones? ¿En la línea de “Hijos de la ira”? Al lado de esas noticias gratas, vienen en cambio las de los últimos desenfundados ataques de Juan Ramón contra Jorge, Salinas y Aleixandre. Ese hombre es un pozo de víboras, difícilmente redimible hasta por su propia poesía [22-V-1954]¹³.

Es interesante comprobar que la admiración hacia la obra de Dámaso Alonso no se da en Lapesa solo por las publicaciones filológicas (literarias, lingüísticas) del maestro, sino también por su escritura poética, asunto que, como veremos, se refleja también en las cartas de tono más personal.

4. Pocas veces habla Lapesa en sus cartas de sí mismo y de su producción académica. Paradójicamente, en este tercer ámbito temático que hemos separado en torno a la obra de Lapesa, lo más frecuente es que el filólogo valenciano, al hablar de sus ocupaciones, explique en realidad su dedicación a

12. Nombra, en concreto, a los discípulos de Antonio García Solalinde (1892-1937) que ejerció parte de su carrera en Madison, Wisconsin. Estos son: Lloyd Kasten (*Karsten* en el escrito lapésiano, 1905-1999); J. Homer Herriott (1895-1973); Victor R.B. Oelschläger (1909-1993); al referirse genéricamente a los discípulos “de Amado en Buenos Aires” suponemos alude a filólogos de la talla de Ángel Rosenblat, Rosa y Raimundo Lida o Margit Frenk, entre otros. Menciona también al hispanista suizo Arnald Steiger (1896-1963).

13. Pese a calificarlo como “pozo de víboras”, su admiración poética por el de Moguer queda indemne, lo que se comprueba en el discurso “Juan Ramón Jiménez. De la lira franciscana al *niñodios* de Moguer”, que pronunció en su acto de investidura como doctor honoris causa por la Universidad de Sevilla el 28 de mayo de 1991.

la obra de otros: la de Pidal o Amado Alonso, por ejemplo. En efecto, en una carta de 1948¹⁴, respondiendo a una propuesta de Dámaso, director de la serie Biblioteca Románica Hispánica de Gredos, dice Lapesa:

(12) Desde luego es excelente el plan de la Biblioteca Románica Hispánica, y te agradezco mucho la colaboración que me ofreces. Hice la tontería de concertar con Escelicer la segunda edición de mi *Historia de la Lengua*; no ha salido aún porque todavía no he tenido tiempo de hacer las necesarias enmiendas y adiciones. Lo más fácil para mí serían desde luego, los textos. Ahora bien, no sé si tienes noticia de que hace muchos años trabajé con don Ramón en una *Crestomatía* con estudios lingüísticos. En 1936 estaba hecho un posible primer tomo –o tomito, no sé calcular– que comprendía desde las Glosas hasta 1200. Incluso dediqué algunas de las “gratas” veladas de aquel terrible invierno primero de guerra a terminar –o avanzar, ya no estoy seguro– el estudio del período 1140-1200. Ahora, naturalmente, harían falta muchos retoques.

Pero sería una gran cosa que don Ramón accediese a publicarlo en tu Biblioteca. En ese tomo había textos preciosos del siglo XII, que han suministrado muchas de las Adiciones al III volumen del *Cantar de Mio Cid* en la última edición. Aparte de eso ¿qué te parecería una *Introducción a la lingüística histórica*, a base de mi memoria de las oposiciones convertida en libro de orientación general? [8-IV-1948].

Tres cuestiones de este fragmento epistolar merecen glosa: primero, la mención a Escélicer, editorial en la que Lapesa publicó las ediciones primera a séptima de su *Historia de la lengua española* –el autor solo publicó en Gredos las ediciones octava (en 1980, refundición hecha a partir de la sexta) y novena (y definitiva, en 1981), cfr. Lapesa (1988)¹⁵–. En segundo lugar, la referencia a una obra planeada por Lapesa a partir del material que había preparado para sus oposiciones, una *Introducción a la lingüística histórica* que no llegó a publicarse nunca. En tercer lugar, la mención a una obra proyectada por Pidal trunca por la guerra: una antología escolar, *crestomatía*, con estudios monográficos de lengua: se publicará en Gredos más de quince años después en dos tomos (1965-66) con el nombre de Pidal en cabecera y el de Lapesa (y M.^a Soledad de Andrés) muy secundariamente, prueba de una generosidad científica que, como veremos en las cartas, se repite con la obra de Amado Alonso.

No es esta la única mención que hay a Pidal en las cartas. Aún encontramos alguna más. Tres años antes de su fallecimiento, Lapesa informa a

14. En esa misma carta Lapesa le agradece a Dámaso su idea de proponerlo para la RAE, pero la considera prematura.

15. Como explicaba Ariza (2008: 201), ocurrió esa “ruptura de don Rafael con la editorial Escelicer por conducta –vamos a decir suavemente– no muy ética de la editorial”.

Dámaso del estado de salud del maestro, que en marzo de 1965 había sufrido una trombosis:

- (13) Don Ramón ha mejorado bastante últimamente: su lucidez es mayor y empieza a andar un poquito por la casa, aunque apoyándose siempre en otra persona. De todos modos no se puede pensar en que trabaje por ahora, ni siquiera para dar el visto bueno a lo que tiene hecho y podría publicarse. Al lado de ratos en que parece acercarse a la normalidad, tiene caídas que quitan la confianza [14-XI-1965].

Y aun podemos incluir un trabajo lapesiano más en favor de la obra de don Ramón: Lapesa da en su epistolario algunas noticias sobre su papel mediador como uno de los albaceas testamentarios que actúan a la muerte de Menéndez Pidal en 1968. Los hijos del maestro gestionaron la herencia de sus padres (bienes inmuebles, biblioteca, papeles, archivos del Romancero...); intervino también Diego Catalán, nieto de Pidal, que desde el curso 1967-1968 se había integrado en la Universidad de Wisconsin, Madison. En ese proceso se habla de la posibilidad de que dicha universidad norteamericana fuera también receptora de algunos de los fondos pidalinos. Lapesa contó a Dámaso Alonso, fuera de España en esas semanas, algunas noticias del proceso y de sus incidencias (que Lapesa llama *penosísimas cuestiones*) en dos cartas¹⁶.

Al igual que dispuso la preparación para la imprenta de la *Crestomatía*, Lapesa fue también definitivo, crucial, en la publicación de los dos tomos de la obra de Amado Alonso *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. La relación de Lapesa con *el otro Alonso* era de admiración y respeto; Lapesa llamaba a los dos Alonsos sus *hermanos mayores* al igual que tenía a Pidal y a Américo Castro por sus padres intelectuales. Pues bien, los agonizantes meses finales de la vida de Amado Alonso coinciden con una de las estancias de Lapesa en Estados Unidos. Lapesa irá de Yale a Arlington varias veces para acompañar a su familia (su mujer, Joan Evans, sus hijos) y será también el depositario de la obra incompleta de Amado Alonso. Es sin duda la carta más emocionante del conjunto la que desde Yale en 1952 dirige a Dámaso Alonso dándole noticias del empeoramiento de Amado Alonso en su enfermedad y la que, ya desde Arlington, escribe narrando su fallecimiento, apoyándose en las palabras que en otro escrito había dirigido a Dámaso la mujer de Lapesa, Pilar Lago:

- (14) Estuvimos en Arlington hasta el domingo, Amado sigue en el hospital, pues el tratamiento requiere dos análisis de sangre semanales y no está él en condiciones de que lo lleven con tanta frecuencia de un lado a otro. Está más

16. No las transcribo por discreción.

delgado que cuando le vimos la vez anterior, pero, según dicen, mejor que en los primeros días de hospital, que fueron muy malos. Le han dicho ya que lo que tiene en el hígado es cáncer, aunque sigue creyendo que lo del pulmón es infección de virus. El pobre está plenamente consciente de su estado, con perfecta resignación y acentuada religiosidad. Ha estado comulgando todos los días, hasta que la medicación lo ha impedido. Me ha encargado que te dijese todo, aunque a la vez lamentaba el disgusto que te ibas a llevar. Tiene –infeliz– el afán de su libro. En estos días me ha dictado alguna cosa y se han despachado las últimas correcciones a los capítulos del libro de Gredos. Supongo que Joan te los mandaría ayer. He prometido a Amado que tan pronto como terminen las clases en Yale iremos a Arlington para pasar allí el mes largo que quedará hasta el comienzo del curso en Pennsylvania. Amado cree que con mi ayuda y con la de un instructor que compruebe y ordene citas podrá dejar terminado el total de la obra; de todos modos me ha pedido que si no es así, yo redacte lo que quede. Conserva una claridad mental verdaderamente admirable. Pero a veces pierde el sentido de la realidad y en cuanto se ilusiona con que la *Historia de la pronunciación* será cosa rápida, se pone a pensar en el libro que escribiría sobre García Lorca. Otro encargo de Amado para tí [sic]: que animes a Gili para publicar enseguida la *Historia de la prosa rítmica* que te enseñó hace algún tiempo. Me lo dijo con mucho ahínco [29-IV-1952].

- (15) Mi querido Dámaso: Debía haberte escrito antes, pero todo ha sido tan doloroso que no sabía cómo empezar para no aumentar tu desolación. Pilar os cuenta lo que ha sido esa terrible cosa de ver que Amado se nos moría. A mí me queda contaros lo que ha habido de ejemplar en su muerte. Hasta la misma víspera del desenlace estuvo pensando en su libro, encomendándose retoques o dándome instrucciones en los ratos –muy pocos y cortos ya– en que le fué posible hacerlo. Conservó una admirable lucidez y encontró consuelo en la religión; ya sabes que desde la primera operación se le había intensificado mucho la preocupación religiosa. Ahora, desde que supo la verdad de su estado y la poca vida que le quedaba, encontró resignación suficiente para aceptar su destino con entrega. Lo que más temía era que la enfermedad se prolongara y llegasen los grandes dolores; por eso, el lunes ya, ponderaba la misericordia de Dios, que le iba a ahorrar los males mayores. Las gentes de aquí, sajonas e hispánicas, se están portando muy bien. Vinieron al entierro don Américo y del Río, aparte de los de las cercanías, Providence inclusive. Se le dijo misa de corpore insepulto y a continuación se le llevó a uno de estos cementerios plácidos de por aquí, tan lejos de su terruño de Lerín [2-VI-1952].

En la segunda carta, además de la admiración hacia la valentía con que afronta la muerte Amado Alonso, hay un rastro rápido de otras dos figuras que estaban también en su particular exilio estadounidense en ese tiempo:

Américo Castro y el hispanista Ángel del Río¹⁷. Y esta misma carta transcrita prosigue con estas noticias al respecto del estado en que se encontraba esa *Historia de la pronunciación* que Amado Alonso había confiado a Lapesa:

- (16) Querrás saber cómo deja su *Historia de la pronunciación*: están redactados, enteramente o a falta sólo de añadiduras y cotejos de citas, los dos tercios del libro, que son: una noticia preliminar y una introducción (lo casi último que dictó, importantísimo, porque allí expone sus ideas sobre el cambio fonético y fonemático); los capítulos referentes a B-V, D fricativa, Ç-Z, ceceo y seseo, SS-S; y parte de otro sobre Z; S y X finales. Lo que falta es todo lo referente a CH, X-J, H aspirada, cambios posteriores al siglo XVII y variedades regionales. Están los materiales, pero sin elaborar, y en ocasiones sin acabar de reunir. Glaser me ayuda en la tarea de acopio y comprobación. Confío en que antes de ir a Filadelfia dentro de tres semanas, podrá quedar dispuesto lo que habrá de constituir el primer tomo, todo redactado por Amado. Lo otro, lo verdaderamente difícil, me sería imposible hacerlo, de volver a España en agosto. Por eso, en gran parte, he aceptado el ofrecimiento de Harvard para quedarme aquí un poco más; me propusieron todo el curso 1952-3; yo he aceptado sólo el primer term [...]

¡Cuánto te echo de menos! A cada paso, a cada decisión que tengo que tomar sobre los retoques, complementos y demás que Amado encargó, pienso en la falta que me hace tu consejo. Y no digamos cuando llegue el momento de dar sentido a toda una serie de testimonios, como ocurrirá con los capítulos que faltan. Amado me ha dejado sólo indicaciones muy sumarias respecto a su propia interpretación. En fin, como la obra se publicará probablemente en España (1), tendré ocasión de consultarte dudas.

(1) Amado me dijo que en el Consejo de inv. cient. [abreviatura original]; no sé si lo habría tratado ya con Balbín.

Seis meses después de la muerte de Amado Alonso, Lapesa ya ha emprendido el trabajo con los materiales del maestro:

- (17) Mi trabajo en el libro de Amado avanza, pero no con la rapidez deseable. Estoy ya con los capítulos que no llegó a redactar. El aprovechamiento de notas y apuntes antiguos presenta dificultades, sobre todo porque no se sabe si responden siempre a lo que él pensaba últimamente. De todos modos los incorporo mientras no haya evidencia de que representan opiniones rectificadas después. Lo que falta por completo son las conclusiones; para evitar que la obra quede trunca, yo había pensado repetir al final, de modo que constituyan un cuerpo de doctrina, los pasajes de alcance lingüístico general que en el interior de los capítulos están ahogados por las montañas

17. En la carta de abril de 1952 alude Lapesa al deseo de Amado Alonso de que el gramático Samuel Gili Gaya (1892-1976) escribiese una *Historia de la prosa rítmica*, que nunca llegó a aparecer.

de datos concretos. Necesitaré tu consejo, sobre esto y sobre muchas cosas [26-X-1952].

Cuando “los nombres de Raimundo Lida y Amado Alonso [...] se habían quedado en unas enigmáticas iniciales (A.A. y R.L.) en la portada de la traducción de un libro de Karl Vossler, reeditado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas” (Mainer 2010a: 9), Lapesa hacía lo mismo con su propio nombre, que consignaba en 1957 en formato mínimo en la portada del primer volumen de *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, título que recibió finalmente esa *Historia de la pronunciación...*, oscureciendo su importante papel en la preparación para la imprenta de los materiales de Amado Alonso¹⁸. Como ponía de manifiesto Cano Aguilar (2008: 107) era inherente a Lapesa “su extremo liberalismo en las relaciones, no solo humanas y profesionales, sino sobre todo científicas”.

5. Dejo para el final de este trabajo la aportación más humana de estas cartas: la relación de amistad que destilan estos escritos. Son raras las cartas de Lapesa que no incluyen declaraciones de buenos deseos, ánimos, preguntas por la salud... Lo que podría entenderse en otro contexto como un conjunto de formulaciones tópicas al servicio de una elemental cortesía cobra una dimensión más sincera en este conjunto epistolar, al igual que no es baladí el paso del *usted* de las primeras cartas a un posterior *tú*¹⁹.

Por supuesto, en esta relación tan larga de contacto y de amistad no todo fluye idílicamente, hay también una carta de enfado, la única de todo el conjunto documental, en la que Lapesa reprocha a Dámaso Alonso su indiscreción al quejarse de cómo gestionaba los fondos de la Biblioteca del Seminario de Lengua la Universidad delante de los propios discípulos de Lapesa.

18. De la obra apareció en 1969 un segundo volumen, en el que Lapesa contó con la colaboración de M.^a Josefa Canellada. No llegó a salir el tercer volumen, aunque Lapesa lo anunció en algún escrito: “el tercero, mucho más conflictivo, porque Amado no lo llegó a redactar, verá la luz, elaborado por María Josefa y por mí, el año próximo según espero, gracias a la ayuda del Colegio Libre de Eméritos” (Lapesa 1992[1998]: 171).

19. En la primera de las cartas conservadas, Lapesa trata de *usted* a Dámaso Alonso, y ese es el tratamiento que se repite en dos tarjetas postales posteriores (de 1942 y 1945); ya en una carta escrita en 1948 por Lapesa desde Estados Unidos se pasa al tuteo. Lo explicaba así Lapesa (1991[1998]: 178) fuera de sus cartas, al biografar a Dámaso Alonso tras su fallecimiento y recordar la relación de amistad que se consolidó entre ambas familias en los finales años 40: “Privilegio también fue para mi mujer y para mí oírle leer poemas de *Oscuro noticia* e *Hijos de la ira*, apenas aparecidos los primeros ejemplares. En una de aquellas lecturas, en casa de mis cuñados [...], fue cuando nos impuso el tuteo, cosa que yo jamás había soñado: Dámaso era hermano mayor mío en el saber, en la edad y en la prudencia, y yo siempre le tuve respeto”.

- (18) Lamento las deficiencias que has encontrado en la biblioteca del Seminario, tan graves al parecer que no has podido recatar tu disgusto respecto a mí ante mis ayudantes.

Quiero recordarte solamente que si en esa biblioteca están registrados y se encuentran los libros; si se han encuadernado las colecciones; si se ha autorizado el pago de las facturas de librerías; si se ha reunido un fondo pequeño, sí, pero útil, de libros, ha sido porque yo me he ocupado de que hicieran todas esas cosas. Lástima que tú no me hayas dado tu consejo en los dieciocho años que he venido haciéndolo. [...] Por lo tanto nada tengo que ver con las principales cuestiones acerca de las cuales expresaste –mencionándome– tu disgusto.

Perdóname el desahogo. He preferido que quede entre los dos en lugar darle [sic] rienda suelta ante testigos.

Y ahora, pelillos a la mar. Te abraza. R.L. [7-X-1967]

Veo interesante subrayar que las afirmaciones más humanas e íntimas de Lapesa a Dámaso Alonso suelen tener un señalado sesgo religioso. Si bien en alguna carta Lapesa había expresado socarronamente a Dámaso su opinión sobre la extensión del rancio catolicismo de la España franquista²⁰, estas cartas nos informan del fuerte sentimiento religioso lapesianiano. Así, no conforman un pésame formulístico sino una verdadera declaración afligida transida de ideología cristiana las líneas que Lapesa dirige a Dámaso por el fallecimiento de su madre, donde habla de la *vida nueva* tras la muerte y vincula el consuelo que puede recibir Dámaso Alonso con algunas de sus propias piezas poéticas:

- (19) Nos habíamos encariñado con la ancianita inteligente y vivaz que tanto compartía vuestras alegrías y preocupaciones. Imaginamos el vacío que os habrá dejado. Siento no estar ahí para acompañaros físicamente, aunque sé muy bien que sólo diría necedades y no verdaderas palabras de consuelo, tan difíciles de encontrar. Pero pienso mucho en tí [sic] y te deseo de corazón firme confianza en que sigue viviendo, mejor que antes, y en que pide por tí [sic] a Dios, que no es soledad, sino amor y sed de amor. Hace unos días releía tu poema de *Hijos de la ira*, y recordándolo ahora, pienso que tu madre en esa vida nueva suya y Eulalia a tu lado seguirán siendo las alas que te sostengan y te levantan [27-V-1960].

Los ecos sobre el pensamiento religioso de Dámaso que hay en estas cartas lapesianas se entienden mejor si traemos al presente la anécdota que Lapesa contaba en su necrológica al maestro y amigo:

20. Da noticias desde Estados Unidos de que “El Opus Dei va a tener un «dormitorio» para chicas dentro del recinto universitario de Madison. Da gusto ver cómo se expanden las esencias hispánicas” [4-III-1960].

- (20) Hacia 1928 o 29, nos encontramos Dámaso y yo, al salir de clase, en el tranvía que llevaba del viejo Hipódromo a la Puerta del Sol. Nos sentamos juntos, y Dámaso, inesperadamente, me preguntó: “Lapesa, ¿es usted creyente?”. “Sí”, le contesté sorprendido. –“¿Y no tiene dudas?”. –“Bueno...”. –“Y ¿cómo se las arregla?”. Yo entonces pensé, pues tenía recientes las lecturas de Unamuno, responder que como don Quijote cuando rehusó poner a prueba su celada de cartón recién reparada; o tomando agua bendita según el consejo de Pascal. No recuerdo lo que dije, pero sí que no devolvía la pregunta, porque supuse que estaba pasando una crisis de fe y no quise forzarle a una confidencia (Lapesa 1991[1998]: 175-176).

La última carta de Lapesa a Dámaso Alonso recogida en el epistolario parte de esa pregunta (¿no tiene dudas?) que evocaba Lapesa. Como pieza final, escrita cinco años antes de la muerte del poeta, esta carta tiene todos los componentes de un epílogo que recapitula una relación de años y que, con los dos corresponsales ya ancianos, cede espacio a la expresión de sentimientos: Lapesa de nuevo vuelve a expresar su agradecimiento por el envío de unos libros, entre ellos, el que iba a ser el último poemario de Dámaso, de temática religiosa: *Duda y amor sobre el Ser Supremo*, y al hilo de esa obra, celebra que Dámaso Alonso haya vencido sus dudas de fe, al tiempo que reconoce haberlas tenido él mismo tiempo antes:

- (21) Dámaso, mi querido Dámaso:

El jueves último, en el paquete de libros y cartas recibidas para mí en la Academia durante mi viaje a Estados Unidos, estaba tu *Antología* y tu *Duda y amor sobre el Ser Supremo*. Lo he leído y releído. Esos hasta ahora últimos poemas tuyos son de una belleza y de una hondura tanto mayores cuanto más desnuda, directa, humana y verdadera se ha hecho en ellos la voz de tu poesía. ¡Qué cerca estás de ese Ser Supremo que es amor, a quien amas y a quien perteneces! Lo has encontrado, Dámaso, por encima de tus dudas. ¡Cuántas veces, leyendo tu *Hombre y Dios*, he pensado que Dios se hizo Hombre para vernos con ojos humanos, y he pensado en el hermosísimo poema de Eulalia a Cristo!

No te lo he dicho nunca, pero yo pido mucho a Dios por ti, porque comprendo tu angustia por haberla tenido también hace años.

Ahora he tenido la inmensa alegría de ver que te entregas al Dios que amas. Él te salvará. No naufragarás entre onda y cielo, ni será para ti el mar un inmenso dolor [3-XI-1985].

El final es netamente intertextual. Lapesa está recordando los versos del poema damasiano “Gota pequeña, mi dolor” (*Poemas puros. Poemillas de la ciudad*):

Entre onda y cielo naufragué.
Y era un dolor inmenso el mar.

Aún quedan dos cartas más en el epistolario, las dirigidas por Lapesa a la viuda de Dámaso Alonso²¹, como cierre de esa relación amistosa y académica que se deslizó carta a carta durante más de treinta años.

Sirvan estas páginas en que hemos hecho crítica textual de ese epistolario para honrar la memoria de los maestros que se nos fueron. Si bien *ha debido pasar mucho tiempo, ha debido pasar el tiempo lento, lento, minutos, siglos, eras*, sigue el abrigo de su buen magisterio, y no solo en huella epistolar.

REFERENCIAS BLIOGRÁFICAS

- AMAT, JORDI, BLANCA BRAVO y ANA DÍAZ-PLAJA (eds.) (2009): *Querido amigo, estimado maestro: cartas a Guillermo Díaz Plaja (1929-1984)*, Barcelona: Unidad de Estudios Biográficos/Reial Acadèmia de Bones Lletres.
- ARIZA, MANUEL (2008): “Don Rafael”, en F. J. Satorre Grau y M. J. Martínez Alcalde (coords.), 199-203.
- CANO AGUILAR, RAFAEL (2008): “Rafael Lapesa, filólogo”, en F. J. Satorre Grau y M. J. Martínez Alcalde (coords.), 103-107.
- GARRIDO GALLARDO, MIGUEL ÁNGEL (2008): “Rafael Lapesa o la tolerancia”, en F. J. Satorre Grau y M. J. Martínez Alcalde (coords.), 21-25.
- LAPESA, RAFAEL (1988): “Historia de una ‘Historia de la Lengua Española’”, en M. Ariza, A. Salvador y A. Viudas (eds.), *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid: Arco/Libros, II, 1771-1785.
- (1991[1998]): “Dámaso Alonso (1898-1990)”, en *Dámaso Alonso, In memoriam*. Facultad de Filología, Universidad Complutense, 17-28; recogido en Lapesa (1998), 173-182.
- (1992[1998]): “Amado Alonso (1896-1952)”, en *Estudios de Literatura y Lingüística españolas en honor de Luis López de Molina, Hispanica Helvetica* 4, 331-334; recogido en Lapesa (1998), 153-171.

21. Las cartas a Eulalia Galvarriato están escritas con una letra más difícil e inhábil, reveladoras de que la vejez había afectado ya a los trazos. En la primera de ellas se menciona al polígrafo gallego Dionisio Gamallo (1914-2000) Las transcribo:

- (i) Muy querida Eulalia:
No me creas ingrato ni olvidadizo, aunque desde el verano no te haya visitado. Dionisio Gamallo, con quien acabo de hablar por teléfono, te habrá explicado la razón. La artrosis y otras miseriucas hacen cada vez más inseguro mi andar, pero no amenguan mi recuerdo de Dámaso ni mi admiración y cariño a ti. Iré a verte en cuanto mis piernas lo permitan [31-XII-1994].
- (ii) Perdona los garabatos de mi letra. Todavía no puedo leer sino los titulares de periódico, y poco más con lupa. Pero no te escribo para contarte mis miseriucas, sino para hacerte saber que no me olvido de ti y que te deseo todo el bien posible, tanto en la salud como en el ánimo, y que el recuerdo de la persona y obra de Dámaso, abrazado ya por el Dios que tan ansiosamente buscaba, te sirva de consuelo y esperanza [5-I-1996].

- (1993[1998]): “Jorge Guillén (1893-1993)”, *Revista de Occidente*, 49-55; recogido en Lapesa (1998), 129-135.
- (1998): *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentiles damas que ilustraron la Filología hispánica de nuestro siglo*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- MAINER, JOSÉ CARLOS (2010): “Nota preliminar”, en J. C. Mainer (2010c), 7-11.
- (2010b): “Un manojo de cartas: el epistolario de Rafael Lapesa a Amado Alonso”, en Mainer (2010c), 309-315.
- (2010c) (ed.): *El Centro de Estudios Históricos (1910) y sus vinculaciones aragonesas (con un homenaje a Rafael Lapesa)*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico (CSIC)/Excma. Diputación de Zaragoza (Colección Actas).
- PÉREZ PASCUAL, JOSÉ IGNACIO (1998): *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión*, Valladolid: Junta de Castilla y León/Consejería de Educación y Cultura.
- POLO, JOSÉ (2015): *La imagen sin par de Rafael Lapesa (1908-2001) a través de mi archivo*, Madrid: Biblioteca Nueva-Editorial Universidad de Granada.
- PONS RODRÍGUEZ, LOLA (2018): “Dámaso Alonso escribe a Luis Rosales. Edición y análisis de doce cartas”, *Bulletin Hispanique* 120.
- SALINAS, PEDRO y JORGE GUILLÉN (1992): *Correspondencia (1923-1951)*. Edición, introducción y notas de Andrés Soria Olmedo, Barcelona: Tusquets.
- SATORRE GRAU, FRANCISCO JAVIER y MARÍA JOSÉ MARTÍNEZ ALCALDE (coords.) (2008): *Actas del Simposio Internacional. El legado de Rafael Lapesa*, Valencia: Universidad de Valencia.